

CAPÍTULO VII

EL SUBSISTEMA POLÍTICO	133
1. <i>¿Por qué la política?</i>	133
2. <i>La instancia política y el personal político</i>	143

CAPÍTULO VII

EL SUBSISTEMA POLÍTICO

La consideración de la política como instancia o subsistema, y del Estado como actor fundamental en la sociedad, requiere retomar algunas premisas y resultados de los análisis anteriores.

1. *¿Por qué la política?*

Los seres humanos socialmente considerados hacen su historia, total o parcialmente, en condiciones no elegidas por ellos, a través de una combinación de lucidez y ceguera, sin saber cómo ni por qué, de modo inconsciente, irracional y desorganizado (Sin perjuicio de ello, a través del proceso histórico el elemento consciente o racional ha tendido *hasta cierto punto* a incrementarse y a prevalecer sobre los elementos puramente espontáneos e ilusorios). En estrecha relación con esta situación antropológica e histórica de carácter universal, los resultados y los productos de la acción de los hombres se *alienan*. Escapan a su voluntad, a su conciencia y a su control; toman formas abstractas (mercancía, mercado, dinero, capital, ideologías, aparatos organizativos, etcétera) que parecen asumir existencia independiente, se vuelven realidades soberanas y opresivas, se tornan contra los individuos y los arrastran a destinos inhumanos.¹⁴⁰

Sobre la base y a partir de los grados y las formas de desarrollo de la técnica, de la división social del trabajo y de las funciones, de la producción, el intercambio y la apropiación, se crea y se mantiene en cada sociedad y en cada etapa histórica de su desarrollo una red de relaciones interindividuales, un conjunto de grupos interconectados e interactuantes, superpuestos y jerarquizados, que integran un sistema de estratifi-

¹⁴⁰ Sobre alienación: H. Lefebvre, *Le marxisme*, P. U. F., París, 1948; cap. I; Pierre Naville, *De aliénation à la jouissance*, Ed. Riviere, París, 1957; Rubel, *Karl Marx...*, cit., Parte III, caps. II y III; Joseph Gabel, *L'aliénation d'aujourd'hui*, París, Anthropos; *Man Alone-Alienation in Modern Society*, edited, with an introduction, by Eric and Mary Josephson, Dell Publishing Co., Nueva York, 1973.

cación y movilidad sociales; jerarquías de riqueza, poder y prestigio; contradicciones y conflictos de clases, de grupos y de individualidades.

La diversidad y la movilidad de clases, estratos, capas y grupos, diferentes o antagónicos, no excluyen y por el contrario suponen, en cada sociedad y etapa histórica, una división entre hombres que mandan y otros que obedecen, relaciones de autoridad y acatamiento, y un tipo de polarización que debe ser siempre buscado como eje del análisis. La contraposición básica se produce entre clases dominantes y dominadas. Dentro de las primeras existen siempre grupos hegemónicos y grupos subordinados. A su vez, las capas, estratos y grupos de las clases dominadas y anudan y desanudan formas de coincidencia, cooperación o conflicto entre sí y con sectores componentes de las clases dominantes.¹⁴¹

Clases y grupos recurren en sus luchas, de acuerdo a sus posibilidades, a todos los medios eficaces en disponibilidad: violencia física; riqueza material; número y organización; elaboración y manipulación de la cultura, la ideología y la información. Estas armas de combate, en el sentido más amplio del concepto, son utilizadas siempre en el marco de un plan más o menos deliberado y elaborado, como parte de una estrategia general que a su vez comprende y determina tácticas parciales. Estrategias y tácticas, sus variantes y sus alcances (modos de utilización y combinación de recursos; lucha abierta o clandestina; mantenimiento, modificación parcial o destrucción y reemplazo del sistema vigente), influyen permanentemente sobre el proceso y las estructuras, los mantienen en lo esencial o los transforman con mayor o menor profundidad; pueden incluso afectar gravemente la cohesión y la existencia misma de una sociedad (revoluciones, guerras civiles, crisis de disolución).

Las clases y grupos que se contraponen y confrontan no pueden dejar de pujar y combatir por el reparto de la riqueza y del poder. Unas y otros, sin embargo, no dejan al mismo tiempo de constituir una unidad, la sociedad global, basada en la división de funciones y tareas complementarias; están básicamente interesadas, en mayor o en menor grado, en la conservación de las bases mínimas de la estructura social como prerequisite para su supervivencia y desarrollo y los de la vida civilizada misma.

En toda sociedad se plantea y se debe resolver, de un modo u otro y en permanente reajuste dinámico, el problema de cómo hacer coexistir la *ecuación grupo hegemónico-clases dominantes-clases dominadas*, generadora de toda clase de tensiones y conflictos, con las necesidades de cohesión, equilibrio y permanencia de la sociedad global. A ello se agrega otra circunstancia de fundamental importancia. Aún en el caso de sociedades primitivas o relativamente simples, el ordenamiento básico, la jerarquía clasista, la cohesión interna del sistema, no pueden constituirse

¹⁴¹ Ver ops. cit. nota 111; y también Nikos Poulantzas, *Les classes sociales en L'Homme et la Société*, núm. 24, abril-septiembre 1972, pp. 23-57.

ni mantenerse por el mero ejercicio de la violencia desnuda de un grupo sobre otro u otros. La coacción física debe ser complementada por el logro de cierto grado de aceptación o consentimiento por parte de los dominados. El predominio de una clase dominante o de una fracción hegemónica se obtiene y explica a la vez por dos tipos de elementos. Por una parte, operan los elementos de coacción, represión, violencia, la fuerza material y desnuda, que debe actuar como recurso de reserva para momentos excepcionales de crisis, o para individuos y grupos recalcitrantes. Por otra parte, se debe operar de modo permanente por medio de una concepción general del mundo y de la existencia, elaborada o asumida en definitiva por la clase dominante o la fracción hegemónica, e impuesta al resto de la sociedad, expresada y actuante a través de la religión, la ética, la filosofía, los sistemas de valores, el estilo de vida, las costumbres, los gustos, el sentido común. En otras palabras, a través de la *hegemonía*, la dirección política, intelectual y moral, que permite crear y conservar el consentimiento, la adhesión activa o la aceptación pasiva de los subordinados y dominados respecto al tipo de sociedad en que viven. Lucha e integración, violencia y consenso, no son fenómenos separados, sino momentos diferentes pero estrechamente ligados de un proceso general único.¹⁴²

Toda sociedad resulta así heterogénea, contradictoria, móvil. Se presenta como la sede de tensiones permanentes entre fuerzas y tendencias de conflicto y disgregación, a partir de la lucha por el reparto de la riqueza, el status, el prestigio, el poder, las condiciones y las calidades de la existencia, por una parte; y por la otra, fuerzas y tendencias de cohesión, integración y equilibrio que asumen el interés por la conservación de las bases mínimas del sistema social, para la supervivencia y desarrollo de los grupos e individuos y de lo que se define como vida civilizada. Toda sociedad es siempre un orden aproximativo, portador de varias versiones o configuraciones de sí misma, más o menos compatibles, competitivas u opuestas; un sistema plural, abierto a varios futuros posibles, siempre en vías de hacerse, de rehacerse y de modificarse, replanteado de modo virtualmente permanente.

La reproducción y la continuidad de las relaciones sociales fundamentales no marchan por sí solas ni se aseguran mecánicamente. Diversas fuerzas y tendencias en coexistencia y contraposición actúan en diferentes sentidos: como simple lucha contra la entropía que afecta la continuidad del sistema, para asegurar su mantenimiento; o bien en búsqueda de lo que puede contribuir al progreso del sistema, a la más completa

¹⁴² Sobre el concepto de hegemonía véase: Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre Política y sobre el Estado Moderno*, Lautaro, Buenos Aires, 1962 y *Los intelectuales...*, cit.; Hugues Portelli, *Gramsci y el bloque histórico*, Siglo Editores, Buenos Aires, 1973; A. R. Buzzi, *La teoría de Antonio Gramsci*, Editorial Fontanella, Barcelona, 1969; Christine Buci-Glucksmann, *Gramsci et l'Etat, Fayard*, París, 1975.

realización de sus posibilidades intrínsecas, a su desarrollo; o bien para su completa transformación. Ninguna sociedad logra el ajuste automático de ella misma a sus propios componentes, estructuras y procesos de tipo interno, ni de éstos entre sí, ni de todo ello a los diversos entornos (medio ambiente, conjunto de sociedades que integran el orden internacional). La continuidad de una sociedad dada no equivale a su estricta reproducción en el tiempo. La acción de la dinámica interna crea cambios difícilmente controlables. La entropía presente y operante en todo sistema social genera, manifiesta y refuerza, el desajuste entre los elementos y niveles de la sociedad, el desgaste de éstos y de las relaciones básicas, el funcionamiento a rendimiento decreciente del conjunto. Estos procesos negativos son reforzados por las incertidumbres del consenso social, el debilitamiento de la adhesión del mayor número de los actores sociales y de la voluntad colectiva. Se abren brechas entre los valores y normas que fundan y mantienen la sociedad oficial, y la práctica de los actores sociales. Por consiguiente, la reproducción y la continuidad de las relaciones sociales fundamentales se realizan, se mantienen o se modifican por un juego de aproximaciones sucesivas, a través de compromisos permanentes entre la continuidad y la discontinuidad. La sociedad se presenta como un ordenamiento siempre en estado de formación continua, creado y caracterizado por los esfuerzos constantemente renovados de fuerzas de sentidos distintos o divergentes, y por la coexistencia del orden, el desorden, los desequilibrios y las incertidumbres. Las cuestiones que se plantean entonces en toda sociedad y etapa histórica son: ¿Qué, quién, cómo, asegura la continuidad?

En esta perspectiva se restablece la importancia de las instancias donde se sitúa el *poder de opción, de decisión, de orientación y de constitución*; la fuerza determinante y condicionante de lo *político* en el sentido más amplio del concepto. En su definición más general, *la política* puede ser considerada como el conjunto de fuerzas, funciones, actividades, estructuras y procesos, que resisten o a la inversa expresan y refuerzan, los dinamismos que amenazan de muerte a las formaciones sociales; que reducen, o bien aumentan, las discontinuidades y fracturas; que limitan, o por el contrario amplifican los efectos modificatorios resultantes de la acción del tiempo.¹⁴³

La variable fundamental en la instancia política es el *poder*, realidad no estática, mal representable, de dificultosa definición. Se lo define tentativamente aquí como la capacidad de acción fundada en la violencia virtual, desencadenable en cualquier momento, que tienen algunos seres humanos para coaccionar, influir y dirigir a otros, a fin de tomar e imponer decisiones sobre las personas y las cosas, y sus jerarquizaciones y combinaciones, sus modalidades de uso y disfrute. Su existencia y su despliegue presuponen e implican la *voluntad de poder*, manifesta-

¹⁴³ Para los presupuestos de este concepto, ver *ops. cit.* nota 35.

ción de la energía vital, captable y analizable en todos los niveles y aspectos de la vida humana y de la sociedad, presente como elemento de todas las relaciones sociales. La voluntad de poder se manifiesta bajo una gran diversidad de formas y apariencias, de enmascaramientos y ocultamientos, y a través del recurso a una variedad de medios y mecanismos, para el logro de su fin: la *dominación* y la *explotación*, la instauración de relaciones de *dependencia* y *jerarquías* sociales y políticas que entran como componentes en los modelos de sociedad.¹⁴⁴

A la escala de cualquier sociedad dada, el poder aparece como un conjunto de elementos y formas que se diferencian y se entrelazan, ordenan las relaciones entre grupos e individuos, imponen la voluntad de unos sobre otros, mediante combinaciones generales y específicas de niveles, objetivos, instrumentos, mecanismos, procesos y resultados (familia, escuela, empresa y otras instituciones sociales; aparatos políticos, Estado; dominación, fuerza, manipulación, autoridad).

Un primer nivel de estructuras y contenidos del poder está dado por la *familia*.¹⁴⁵ En este caso, desde el punto de vista antropológico, una estructura biológica (sexual-reproductora-protectora) se han metamorfoseado en una microestructura social permanente y en un microambiente cultural que se autopropagán y autorreproducen. La familia está organizada de acuerdo a un determinado principio jerárquico, y bajo el signo de la ambigüedad. Combina la protección, el apoyo, la posesión, la usurpación, la represión; las complementariedades, las contradicciones, los conflictos y los antagonismos entre los miembros. Aporta complejidad a la sociedad y la recibe de ella.

La familia está en efecto articulada en función de la sociedad y sobre ella, parte de una organización general compleja. Organiza el parentesco (reglamentación de la sexualidad, autoridad sobre mujeres, niños y jóvenes); establece una división y un enlace entre la vida privada y la vida pública. La sociedad usa la familia como modelo biopsicosociológico productor y reproductor de organización, lo proyecta, lo transpone y transforma para su operación al nivel del sistema global. El papel fundamental de la familia corresponde al hecho que todos los seres humanos deben pasar a través de un extenso periodo de desamparo y desarrollo en el cual los elementos de sus personalidades adultas reciben un primer modelado. Ciertos aspectos de este proceso de condicionamiento encuentran salida y expresión en los rasgos de *obediencia* y en la capacidad para la *identificación* que se vuelven precondiciones para el funciona-

¹⁴⁴ Lefebvre, *De l'Etat...* vol. I, *passim*.

¹⁴⁵ Sobre familia y poder ver: Wilhelm Reich, *The mass psychology of Fascism*, Pelican Books, 1975, especialmente cap. 2; Robert L. Heilbroner, *An inquiry into the human prospect*, W. W. Norton and Co., New York, 1974, cap. 4; Peter Bruckner, *Psicología social del anti-autoritarismo*, Siglo XXI Editores, México, 1974, caps. II y III.

miento eficaz de las instituciones políticas en el control y la movilización de los individuos.

Así, por una parte, el largo periodo de dependencia infantil crea las relaciones habituales de subordinación y superordinación y predispone así las actitudes y comportamientos de obediencia normalmente voluntaria y aquiescencia entusiasta hacia la autoridad política y su ejercicio, y la aceptación legítimamente de una y otro por la vasta mayoría de la población. Este papel clave de la familia se manifiesta y ejemplifica de diversas maneras. Una de ellas es la adscripción de majestad a monarcas y gobernantes republicanos de ambos sexos; la predisposición a las actitudes mixtas de admiración y resentimiento y al culto de la personalidad respecto a aquéllos y a ciertos líderes políticos. Otra manifestación es el refuerzo de las tendencias a la aquiescencia respecto al orden jerárquico de la sociedad, e incluso la contribución más o menos activa a su búsqueda y logro, no sólo por parte de las clases populares y medias, sino también de las clases altas respecto a un liderazgo político superior a ellas mismas. De la misma naturaleza es la tendencia de los dinamismos políticos parciales y del proceso político global —sobre todo en periodos de crisis, cambios, conflictos, guerras civiles o internacionales, y por lo tanto de inseguridad y ansiedad generalizadas—, hacia la acentuación del poder centralizado y del gobierno autoritario que se encarnan en figuras paternas poderosas, con aptitud para proveer un sentido de seguridad psicológica a la mayoría de la gente, para enfrentar con eficacia aparente o real la crisis y el desorden, y para solucionar las dificultades y mitigar las ansiedades existenciales de aquélla.

Por otra parte, la obediencia infantil se sublima en el adulto como un conjunto de rasgos conductuales, sobre todo la capacidad general para al *identificación*, y especialmente la identificación *nacional*, otra precondition indispensable para el ejercicio de la acción política. Transformada la familia en mito de la sociedad, ésta es concebida como fraternidad, salida de una “madre patria”, a quienes sus hijos deben amor y sacrificio, y guiada por una justa autoridad paterna que merece y obediencia de aquéllos. La relación entre el individuo y la sociedad adquiere y conserva el carácter y los efectos de una relación infantil. La “Sagrada Familia” se presenta así, en las palabras de Edgar Morin, como el cemento comunitario mítico de la sociedad real. El Estado se vuelve el subrogado psicológicamente válido de la familia; se beneficia con el poderoso vínculo unificador que capacita a gobernantes y administradores para legitimar su poder, afirmar y ejercer su autoridad, unificar y motivar a la mayoría de los habitantes, movilizar sus energías y concertar sus acciones, integrar a la nación. Ello ocurre normalmente tanto a partir de los impulsos identificatorios de las personas y de las estrategias políticas que los canalizan y manipulan, como del uso discriminatorio y

EL SUBSISTEMA POLÍTICO

139

agresivo de los unos por las otras contra los miembros de otros Estados (o grupos) que a su vez refuerza por retroacción tales impulsos.¹⁴⁶

La familia tiende también normalmente a reforzar las estructuras de poder vigentes, sobre todo el Estado, en la medida en que contribuye a generar y a reforzar las tendencias al tradicionalismo y al conservatismo. La inercia natural de la condición humana es adscribible, entre otros factores, al lento cambio del marco familiar en que las personalidades infantiles y juveniles son gradualmente modeladas en las pautas, actitudes y conductas de los adultos. “Las gentes —escribe Bertell Ollman— adquieren la mayor parte de sus características en la infancia. Son las condiciones que entonces operan, transmitidas primordialmente por la familia, que hacen a las personas lo que son, por lo menos en lo que se refiere a sus respuestas básicas; y en la mayoría de los casos, lo que ellas son variará muy poco durante sus vidas. Así, aun cuando las condiciones en las cuales las gentes han sido educadas cambien para la época en que alcancen la madurez, sus caracteres aún reflejarán la situación que ha pasado... Como fábrica para la producción del carácter (la familia) está invariablemente retrasada una o más generaciones respecto a la actualidad, produciendo gentes que, mañana, deberán tratar con los problemas de ayer.”¹⁴⁷

Los factores y soportes biopsicosociológicos de sumisión política no se constituyen ni operan sin embargo de manera exclusiva y unívoca. La experiencia condicionante es también fuente de impulsos a la autoafirmación, y solamente imparte una predisposición a la obediencia que tiene expresiones múltiples e incluso divergentes de aquélla en la conducta política del adulto. La aquiescencia hacia el poder es además inseparable de otros elementos. La fuerza es empleada abierta o encubiertamente por los gobernantes para establecer y mantener su autoridad. Las distintas clases sociales son expuestas a un condicionamiento social diferencial, en interacción con la distribución desigual de características personales que predisponen a los individuos a la búsqueda del poder o a la sumisión respecto a la dominación que se les impone. Debe además introducirse el papel de la educación y de la empresa.

El papel de la familia como estructura de poder en sí, y como modelo primario y nivel y componente del sistema global de poder, es prolongado y reforzado por la *educación*. Práctica social estructurada, y función del Estado (aspecto éste al que luego se vuelve), la educación es en un cierto sentido una “matriz de la política”.¹⁴⁸ La subsistencia en la escuela —bajo formas originales o modificadas— de un magisterio

¹⁴⁶ Ver Erich Fromm, *Escape from freedom*, Avon Books, New York, 1965 y *The anatomy of human destructiveness*, Fawcett Crest, Greenwich, Conn., 1975.

¹⁴⁷ Bertell Ollman, *Alienation: Marx's conception on man in capitalist society*, Cambridge University Press, 1971, p. 241, cit. por Heilbroner, *An inquiry*... cit.

¹⁴⁸ Ver *ops. cit.*, notas 112 y 113.

milenariamente autoritario, libra en mayor o menor medida a los niños y adolescentes en clase a la dominación arbitraria del docente y de su clase magistral. El maestro se atribuye y se reserva en monopolio el saber y los valores, y sus medios expresivos, especialmente los textos escolares, y los impone por una combinación variable de la férula y la seducción. El maestro se substituye al niño y al joven; les aporta desde el exterior el saber, la experiencia y la conciencia de sí mismos y de su situación. Se los somete a un trato que, desde el lenguaje usado, tiene un carácter opresivo, creador de sentimientos de inferioridad y angustia. Se trata a los alumnos como si fueran culpables de no saber, de no interesarse, de no ser adulto. Se les impone el cuándo y el cómo se piensa, se habla y se escribe. No se les reconoce ni respeta, ni se les deja reconocer y respetar, desde la decisiva etapa formativa de la infancia, el deseo y el derecho de libertad, autonomía, experiencia, creatividad, desarrollo, realización, expresión de la sociabilidad, aprendizaje por los propios medios, autoorganización y autogestión de la propia formación y de la propia vida. Estas experiencias no son puramente pedagógicas, tienen proyecciones y prolongaciones socioculturales y políticas. Posibilitan y favorecen el despliegue simultáneo del autoritarismo más o menos sádico del maestro y del consentimiento en mayor o menor grado pasivo o voluntario del alumno, la obediencia, la sumisión, la reducción al papel de mero ejecutante de lo que ha sido decidido por otros, la tendencia a esperar la salvación de algún salvador externo a uno mismo.

Una tercera fuente y forma de poder es la *empresa*.¹⁴⁹ El capitalismo se organiza según pautas y estructuras de poder y mecanismos de decisión de tipo vertical-autoritario y autocrático. El poder de mando comienza en las actividades, las relaciones y las instituciones organizadas a partir y a través de la propiedad privada y del contrato de trabajo, elementos constituyentes y constitutivos de la empresa. Ésta aparece como un sistema de organización y de decisiones basado en el dominio autocrático del empresario, y subsidiariamente de la tecnoburocracia que lo asiste. La competencia decisional es inherente a una posición jerárquica de mando. Las decisiones en la empresa son tomadas por sus propietarios y empresarios, constituidos en direcciones generales, con una participación variable de la tecnoestructura. Proprietarios y empresarios y tecnoestructuras, como subconjunto, se encuentran separados del resto. La mayoría del personal de la empresa, que no cuenta en las tomas de decisiones, está condenada a las instrucciones y rutinas. La jerarquía profesional estratificada de clasificaciones y escalas, interactúa con el bajo nivel promedio de calificaciones y la atomización extrema de funciones.

¹⁴⁹ Ver J. A. C. Brown, *The social psychology of industry*, Pelican Books, 1954 Bourdet, *La délivrance...*, cit.; Alain Guillermin et Yvon Bourdet, *Clefs pour l'autogestion*, Seghers, París, 1975; Daniel Chauvey, *Autogestion*, Seul, París, 1970.

La relación social básica de la empresa es el contrato de locación de la fuerza y capacidad de trabajo de los asalariados por el empresario-empendedor. Este último tiene así el goce de la capacidad de trabajo del asalariado (aspecto cuantitativo) y el derecho a dirigir la ejecución del trabajo (aspecto cualitativo). Este doble poder del empresario se refleja en todos los aspectos de la actividad del trabajo, en la situación y en la personalidad globales del trabajador, y en la sociedad en su conjunto. El goce de la actividad del trabajo de los asalariados permite al propietario-empresario y a la tecnoburocracia determinar los aspectos cuantitativos esenciales: fijación de la remuneración, de la duración del trabajo y de su intensidad y, como consecuencia, la creación y apropiación de un sobreproducto bajo forma de plusvalía. La dirección del trabajo permite al empleador determinar los aspectos cualitativos de la actividad de los trabajadores: el objeto del trabajo, la organización de cada actividad individual, la organización global del conjunto de actividades individuales de trabajo. El objeto de la actividad del trabajo, el bien o servicio a generar, la naturaleza de lo producido por la empresa, no son determinados ni controlados por los trabajadores participantes en el proceso, ni tampoco por los consumidores destinatarios de la producción, al nivel de la empresa ni al nivel del mercado (mercantilización y monetarización, manipulación de las necesidades, alienación consumista, etcétera). En lo que a la organización de las actividades individuales de trabajo se refiere, la dirección empresarial autocrática determina por sí y ante sí, e impone por decisión vertical incontestable, la división técnica del trabajo, que interactúa con la división social del trabajo y tiende a identificarse con ella. Ello se traduce en la imposición al trabajador de condiciones de parcelación, atomización, desmigajamiento de funciones y tareas; la minimización y el desaprovechamiento del potencial profesional de los trabajadores manuales e intelectuales; su robotización; la desatención de los problemas atingentes a la condición psicofísica de aquéllos. Para la mayoría de los trabajadores, su actividad no es identificable como un ejercicio resultante de la iniciativa y el control personales; se reduce a un mero despliegue de fuerza. Aquéllos se vuelven elementos imposibilitados de ejercer de modo inmediato y permanente su autodeterminación, a los cuales la máquina y la dirección burocrática imprimen un movimiento pasivo, de mera ejecución. No se los utiliza como seres humanos. Son cosificados, además de alienados a otros seres humanos que no sufren su destino, los convierten en orden de registro y relevo de otros cerebros, los despersionalizan.

La dirección y la gestión de las actividades de trabajo se organizan y operan a través de una relación de mando jerárquico y de disciplina vertical, también en lo que se refiere a la organización global del conjunto de actividades individuales de trabajo, a todos los niveles, desde la unidad mínima de base, hasta la dirección general de la empresa. Las funciones tienden a dividirse en tres niveles: el de la dirección general,

que monopoliza el mando autocrático; el de la tecnoestructura que colabora con la primera y tiende a lograr un cierto grado de coparticipación en el poder empresario; y el de la masa de trabajadores, privados de posibilidades de participación efectiva en las decisiones fundamentales, a las que por el contrario deben someterse pasivamente.

A partir de la empresa, y de la situación generalizada de condicionamiento y alienación de los asalariados en el trabajo, y proyectándose de manera a la vez ascendente y descendente a todos los niveles de la sociedad, un pequeño número de dirigentes que piensan, prevén, inventan, planifican y mandan, se contraponen a una masa de ejecutantes que aparecen como sus instrumentos pasivos. A todos los niveles se impide la operación inmediata y permanente de la autodeterminación de los seres humanos. El mantenimiento de las mayorías en la irresponsabilidad y la impotencia se vuelve el prerrequisito indispensable para asegurar la perduración de un sistema fundado sobre el contrato de locación de la actividad de trabajo y sobre la subordinación de las fuerzas vitales de la sociedad al interés y al poder de las empresas y del Estado (bajo el capitalismo, pero también bajo la mayoría de los regímenes llamados socialistas). No existe oposición sino continuidad entre el hombre-máquina en la fábrica, y el hombre supuestamente libre como consumidor o elector. Las condiciones de subordinación y explotación en todos los aspectos y a todos los niveles de la existencia individual y social dificultan el surgimiento y la vigencia de una democracia auténtica y no meramente formal; es decir, asumida y ejercida, vivida y percibida en el trabajo, en la vida cotidiana, en todas las formas de actividad, de relación y de organización.

Como se ha visto, en toda sociedad relativamente desarrollada existen relaciones asimétricas entre grupos e individuos, falta de igualdad y reciprocidad, contradicciones y conflictos. Toda sociedad está en equilibrio fluctuante, y se halla permanentemente amenazada por la entropía, el desorden y la disgregación. No puede mantener su unidad ni perdurar sólo a través de una conformidad automática de sus miembros que surja de la sujeción a la costumbre o a la norma tradicional. Una forma específica de poder, el *poder político*, surgido de las desigualdades y los enfrentamientos, debe defender, y conservar la sociedad, a partir y en contra de sus propias contradicciones y debilidades, o bien reestructurar el sistema en su totalidad a partir de un nuevo proyecto histórico. El poder político debe por consiguiente constituir una forma específica y finalmente decisoria de ordenamiento de las relaciones entre las clases, y de imposición de la voluntad de un grupo o fracción hegemónica sobre las clases dominantes subordinadas y sobre las clases dominadas mediante una combinación específica de lucha e integración, de coacción y de consenso. Todo análisis concreto debe pues responder siempre en definitiva a una serie de preguntas básicas e interconectadas: *¿Quién ejerce el poder? ¿En representación y para beneficio de quién?*

nes? ¿De qué modo? ¿Para qué? El poder político en su forma decisoria suprema corresponde, en sociedades históricas más o menos evolucionadas, al Estado. Antes de examinar esta forma culminante de la sociedad y del sistema político, es pertinente extender algo más el análisis del fenómeno político.

2. *La instancia política y el personal político*

Como instancia específica y como praxis de un grupo especializado y profesionalizado, la política nace y se desarrolla cada vez más en función del surgimiento, el avance y la universalización de la división social del trabajo, a la que aquella impulsa luego cada vez más. Esta división distribuye a los individuos en diferentes lugares y niveles de la sociedad los condiciona y determina según esta ubicación, fragmenta al sistema en grupos de intereses divergentes y opuestos. El interés de ciertos individuos y grupos es satisfecho en detrimento del interés de los otros; el bien de los unos es el mal de los otros. La multiplicidad de conflictos sociales, clasistas, grupales, su intensificación y su profundización, pueden amenazar la estabilidad y la integridad del orden social, y desembocar en la autodestrucción del sistema por la anarquía y la guerra civil, frecuentemente en conjunción con la agresión externa.

Va resultando así cada vez más difícil o imposible en consecuencia la política como actividad directa de una comunidad auténtica a la vez homogénea y totalizada, constituida y operada por todos sus miembros iguales y solidarios. La ausencia de un interés general traba o impide la reivindicación del bienestar de la sociedad a través de la satisfacción de las necesidades fundamentales de todos los individuos, todo ello como finalidad social universal que actúe como factor determinante de las acciones políticas. Las actividades de los individuos no pueden ser colocadas en un pie de igualdad como actividades humanas universales. Por el contrario, a partir y en función de las diferenciaciones y contradicciones de intereses, distintas orientaciones y prácticas políticas coexisten espacial y temporalmente. Cada una de ellas identifica sus intereses particulares con la utilidad general y excluye a las otras como más o menos nocivas para el bienestar de la sociedad.

La sociedad resulta así impotente para gestionar por sí misma sus asuntos y para desplegar una actividad directa en el interés general. Se ve obligada a crear funciones comunes de las que no puede prescindir. Las cuestiones que hacen a la existencia, reproducción, funcionamiento y gestión de la sociedad, son atribuidas a categorías particulares de individuos competentes y a instituciones especiales que en conjunto configuran la instancia política. Quienes desempeñan las funciones políticas constituyen una nueva rama de la división social del trabajo en el sistema total; adquieren intereses particulares; tienden a la independencia rela-

tiva respecto a sus fuentes bases y justificaciones originarias (al problema de las relaciones entre división social del trabajo, poder político y Estado se vuelve en el capítulo siguiente).

A través de la historia, las sociedades se han visto sometidas a la ley de una politización irreversible. La política se separa cada vez más de la sociedad, y adquiere un grado creciente de poder sobre ésta. Se especializa cada vez más como actividad estructurada en la sociedad. Se vuelve esfera particular que aspira al monopolio y a la independencia. De medio, se transforma en fin exterior y superior a la sociedad. La esfera socioeconómica, la soberanía del pueblo, se alienan en relación a la esfera política y en su beneficio. El pueblo pasa a ser de sujeto a objeto de la historia. Los intereses humanos son subordinados a los intereses políticos. La política tiende a politizar todas las otras actividades y relaciones humanas; les imprime el sello de la intención política; mide todos los valores según su adecuación y conveniencia respecto a los intereses políticos (moral maquiavélica). Este amoralismo inherente a la política es ocultado por una identificación entre la práctica y la línea políticas y su utilidad social. Las fuerzas, las actividades, las organizaciones, las direcciones políticas se presentan siempre como representaciones del interés y del bienestar generales, como único factor social universal. Pretenden estructurar y defender el orden social, garantizar su integración, su estabilidad y su permanencia contra las tensiones y amenazas, mediar y solucionar los conflictos. A este respecto cabe hacer dos observaciones.

Por una parte, la política misma contribuye al surgimiento, la multiplicación y el refuerzo de una constelación de contradicciones: entre la teoría y la ideología de la política y su realidad; entre la política y la sociedad civil, y entre una y otra y el individuo; entre el hombre y el ciudadano, la vida privada y pública; entre la política de hecho y la política de derecho. Por otra parte, la política y los políticos tienden a mantener las condiciones originarias a que se hizo referencia y que son la razón de su existencia.

A la *dialéctica general entre la sociedad y la política*, de alienación y oposición entre ambas, se agrega, como *segunda fase* de desarrollo a la vez histórico y lógico, la *dialéctica en el interior de la superestructura política de la sociedad*, a través de las relaciones entre diferentes fuerzas políticas. En esta fase las categorías socioeconómicas particulares, con intereses propios y diferenciados, acceden a la conciencia de su particularidad en la sociedad; de "grupo en sí" pasan a ser "grupo para sí". Sus componentes más conscientes y enérgicos se organizan para actuar en la defensa de los intereses particulares de la respectiva categoría social. Revisten las formas de fuerzas políticas, dotadas de fuerza material (número, organización, cohesión, movilidad y combatividad). Movimientos y partidos políticos, nacidos de los intereses socioeconómicos de diferentes clases, capas, estratos, grupos de la población, se vuelven sujetos colectivos de la política y establecen entre sí relaciones de diferenciación,

coincidencia u oposición. A partir de su propia fuerza luchan por el poder político, tratan de usar al Estado como mediador y como su propio medio (actual o posible).

En una *tercera fase*, aparecen y se desarrollan *funciones específicamente políticas* que determinan *la especialización de las estructuras políticas, la profesionalización de la política*, la creación de intereses propios de los políticos profesionales. Se trata de un proceso correlativo al desarrollo del Estado moderno y contemporáneo.

En efecto, el “Estado feudal” según la definición de Gaetano Mosca, es “este tipo de organización política en el cual todas las funciones de dirección de la sociedad —económica, judicial, administrativa, militar— son ejercidas simultáneamente por los mismos individuos, mientras que, al mismo tiempo, el Estado está compuesto por pequeños agregados sociales que poseen todos los órganos necesarios a una existencia autónoma”.

“La Europa de la Edad Media es el ejemplo más conocido de este tipo de organización... , pero cuando se leen las historias de los otros pueblos o cuando se recorre los relatos de los viajeros contemporáneos, se percibe rápidamente que este tipo de organización está ampliamente difundido. Así como el barón medieval era a la vez propietario de la tierra, jefe militar, juez y administrador de su feudo, de la misma manera el Ras abisinio daba justicia, mandaba los soldados, exigía impuestos o más bien extraía de los campesinos todo lo que no era estrictamente necesario a su subsistencia...”¹⁵⁰

En contraposición con esta situación feudal, “en todas partes el desarrollo del Estado moderno ha tenido por punto de partida la voluntad del príncipe de expropiar los poderes ‘privados’ independientes que, junto a él, detentan un poder administrativo, es decir todos aquellos que son propietarios de medios de gestión, de medios militares, de medios financieros y de toda clase de bienes susceptibles de ser utilizados políticamente. Este proceso se cumple en perfecto paralelismo con el desarrollo de la empresa capitalista que expropia poco a poco los productores independientes. Y finalmente se ve que en el Estado moderno el poder que dispone de la totalidad de los medios de gestión políticos tiende a recogerse en una sola mano; ninguno de los funcionarios sigue siendo propietario personal del dinero que gasta o de los edificios, de los almacенamientos y de las máquinas de guerra que él controla. El Estado contemporáneo... ha logrado ‘cortar’ la dirección administrativa, los funcionarios y los trabajadores de la administración de los medios de gestión”.

“...el Estado moderno es un grupo de dominación de carácter institucional que ha buscado (con éxito) monopolizar, en los límites de un territorio, la violencia física legítima como medio de dominación y que, con este objetivo, ha reunido en las manos de los dirigentes los medios

¹⁵⁰ G. Mosca, *The ruling class*, McGraw-Hill, Nueva York, 1939, p. 81.

materiales de gestión. Lo cual quiere decir que él ha expropiado de tales medios a todos los funcionarios que, siguiendo el principio de los 'estados' disponían en otro tiempo aquéllos según su derecho y se ha substituido a ellos, incluso en la cima de la jerarquía".¹⁵¹

En este proceso, como ya había señalado Marx, "los privilegios señoriales de los grandes propietarios de la tierra y de las ciudades se transformaron en otros tantos atributos del poder de Estado, los dignatarios feudales en funcionarios nombrados, y la carta abigarrada de los derechos soberanos medievales contradictorios se volvió el plan bien dispuesto de un poder de Estado, cuyo trabajo está dividido y centralizado como en una fábrica".¹⁵² Esta centralización monárquica de los medios de dominación política implica la desaparición del Estado feudal como —en las palabras de Mosca— un "tipo de organización en el cual todas las funciones de dirección de la sociedad... (eran) ejercidas simultáneamente por los mismos individuos", y su reemplazo por el Estado burocrático. En éste, "no es necesario que todas las funciones de dirección estén concentradas en el seno de la burocracia y ejercidas por ella... La característica principal de este tipo de organización social reside... en el hecho que doquiera existe el poder central drena una parte considerable de la riqueza social gracias al impuesto que utiliza para mantener un ejército y en segundo lugar, para organizar un número más o menos grande de servicios públicos".

"Cuanto mayor —prosigue Mosca— es el número de los funcionarios que ejercen funciones públicas y reciben su remuneración del gobierno central o de las administraciones locales, más se burocratiza la sociedad. En un Estado burocrático, las funciones de gobierno son siempre más especializadas que en un Estado feudal. La primera y más elemental división de las capacidades es la separación entre los poderes administrativo y judicial y la organización militar".¹⁵³

Del mismo modo que ha existido un paralelismo entre el proceso de expropiación de los medios de dominación política por y en favor del Estado, y la expropiación gradual de los productores independientes por la empresa capitalista en desarrollo, así —como subraya Marx— la división del trabajo en el interior del aparato estatal (y con ello la diferenciación y especialización de las actividades políticas) fue creciendo "a medida que la división del trabajo en el interior de la sociedad burguesa, creaba nuevos grupos de intereses y, por consiguiente, un nuevo material para la administración del Estado".¹⁵⁴

Al ser correlativo de la aparición de una "nueva especie de políticos profesionales", y al permitir el control de un número creciente de instru-

¹⁵¹ Max Weber, *Le savant et la politique*, Coll. 18/18, Paris, 1963, p. 107.

¹⁵² Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*.

¹⁵³ Mosca, *op. cit.*, p. 83.

¹⁵⁴ Marx, *El dieciocho Brumario...*, *cit.*

mentos de dominación, el Estado moderno (y luego el contemporáneo) se va volviendo el botín de la lucha y la presa principal de los políticos para la conquista y el ejercicio del poder. En las palabras de Marx, “los partidos que lucharon (y luchan) por el poder consideraron (y consideran) la conquista de este inmenso edificio de Estado como la principal presa del vencedor. . . El Gobierno. . . , con la seducción irresistible de sus cargos, beneficios y empleos, acabó siendo (y es) la manzana de la discordia entre las facciones rivales y los aventureros de las clases dominantes”.¹⁵⁵

Este campo específico y diferenciado de relaciones competitivas hace que la lucha por el poder político requiera la constitución y la manipulación de *cléntelas* y *alianzas*. Los partidos y el aparato del Estado establecen en su interior, entre sus dirigentes y componentes, y entre todos ellos y las clases, grupos e individuos, una serie de *relaciones de intercambio*. Éstas adoptan diversas formas: apoyos y servicios, sus remuneraciones directas, protecciones, favores, privilegios, donaciones, corrupción. A través de estas formas se logra la movilización de hombres, oportunidades, empleos, ingresos, bienes materiales. Las relaciones de intercambio aparecen así, en las palabras de Daniel Gaxie, como la materia prima de toda empresa política. Las demandas de las diferentes clases y grupos sociales —su asunción y su expresión, su jerarquización y su satisfacción—, y la invención si es necesario de problemas específicamente políticos por el personal especializado, aseguran la estructuración de la lucha competitiva por el poder político y las condiciones de la rotación en las posiciones de mando.¹⁵⁶

La división del trabajo, sus manifestaciones y consecuencias socio-económicas, presuponen, generan y favorecen la separación creciente entre las actividades políticas por una parte, y las actividades sociales, en el límite hasta las luchas de clases por la otra.

Potencialmente y en mayor o menor grado, los seres humanos son capaces de actividad múltiple, pero no pueden actualizar y desarrollar suficientemente esta capacidad. Su papel y su desempeño en los marcos de la división y especialización del trabajo limitan su actividad, permiten desarrollar una sola de las capacidades individuales en detrimento de las otras, imponen a la mayoría (o a todos) la unidimensionalidad y la necesidad de las otras especializaciones. Para vivir, los seres humanos deben intercambiar los productos del trabajo en las condiciones más favorables que puedan lograr. Las actividades de producción y distribución se constituyen como dominio particular de las iniciativas económicas de los propietarios-empresarios privados. Se vuelve así insoslayable la necesidad de cuadros especializados que se ocupen de los problemas

¹⁵⁵ Marx, *Ibid.*, y *La guerra civil en Francia*.

¹⁵⁶ Daniel Gaxie, *Les professionnels de la politique*, P. U. F., París, 1973.

del sistema en su conjunto: los políticos profesionales, sus organizaciones, sus tareas.

La división del trabajo crea así la especialización de los políticos y su conversión creciente en cuerpo profesional cuyo monopolio funcional está asegurado por la competencia, el saber hacer, que les otorga obediencia por su autoridad.¹⁵⁷ La formación y la información especializadas de los jefes y cuadros políticos les aseguran la capacidad técnica en actividades poco o nada accesibles a las masas; los eleva definitivamente por encima de estas últimas que quedan sujetas a su mando. Este proceso y esta situación se refuerzan por la incidencia de otros factores concurrentes.

En primer lugar, los políticos despliegan una tendencia natural a la *mistificación de su profesión*. Acentúan el carácter más o menos secreto de la política. La presentan de modo deliberado y sistemático como un arte sólo accesible a los iniciados en sus arcanos, los especialistas profesionalizados, dotados de aptitudes y recursos excepcionales. Usan digresiones, perifrasis y sutilezas terminológicas para complicar las cuestiones más simples y convertirlas en misterio sagrado del cual sólo la minoría ilustrada de los políticos tiene las claves para su comprensión y su solución.

En consecuencia, a las masas les resulta siempre difícil y con frecuencia imposible seguir y comprender a los políticos y ejercer sobre ellos algún grado de control técnico. Ello refuerza permanentemente la falta de entrenamiento, de conocimiento y de confianza en sus propias aptitudes y fuerzas. Ante los ojos de las masas y de la sociedad toda se verifica la incompetencia de aquéllas en todos los dominios de la vida política, la incapacidad del pueblo para dirigir sus propios asuntos y los del sistema total, la necesidad de la existencia de hombres que se ocupan de todo ello en lugar de las mayorías. El poder jerárquico de los dirigentes políticos, su conversión en dueños de las situaciones y decisiones fundamentales, logran así un sólido fundamento empírico y un justificativo jurídico y moral. La mayoría de seres humanos comunes aceptan su conversión en objetos de la política que se les aparece como esfera sagrada y esotérica y de los políticos como sacerdotes de sabiduría sobrenatural.

Estos mecanismos de neutralización, despersonalización e inmovilización de las masas, que las reducen a la marginación y a la alienación políticas, incluyen también otros recursos tácticos. A esta categoría pertenecen, por ejemplo, la apelación a la opinión pública cuya influencia sólo puede ejercerse de modo formalizado y externo a los centros de

¹⁵⁷ Ver a este respecto: Pierre Birnbaum, *Le pouvoir politique*, Dalloz, París, 1975 (selección de textos comentados); L. Tadic y Andrija Kresic, *ops. cit.*, en *Etatisme et autogestion...*, cit. nota (22); Max Weber, *Le savant...*, cit.; Gaxie, *Les professionnels...*, cit.

decisión (campañas electorales, discusión pública de asuntos y proyectos), y la presentación de las iniciativas, empresas y soluciones políticas de los dirigentes como resumen auténtico de la voluntad autónoma de un pueblo heterogéneo.

En segundo lugar debe tomarse en cuenta la tendencia creciente a la *rutinización de la práctica profesional de los políticos*. A través de esta práctica y de la rotación en diversas funciones partidistas, gubernamentales y administrativas, los políticos adquieren el saber qué y el saber cómo, y refuerzan la tendencia a la inamovilidad de las funciones. Se acentúa además la diferenciación entre *dos categorías* de políticos. Por una parte, los políticos ocasionales, los aficionados ilustres o independientes, que viven *para la política*, la consideran su vocación pero no dependen de ella, y cuentan con otras actividades para su subsistencia y para su realización personal. Por la otra, los que viven *de la política*, se comprometen en una carrera política, esperan de ella remuneraciones materiales y simbólicas, avances y ascensos. La segunda categoría ha ido adquiriendo cada vez más primacía, y termina por relegar a la segunda a posiciones secundarias, o por eliminarla.¹⁵⁸ Este fenómeno es rasgo esencial aunque no único para comprender la *autonomía del sistema político*.

Los políticos y los partidos representan en mayor o menor grado, más o menos directamente, intereses de clases y grupos. Sin embargo, con el avance de su especialización y el logro de éxito en sus actividades y empresas, los políticos se concentran cada vez más en su tarea profesional, y relegan sus otras actividades al rango de ocupaciones accesorias, a veces inevitables pero siempre fastidiosas, o prescinden totalmente de ellas.

La política se convierte de modo definitivo y exclusivo en una carrera, y los políticos en una categoría de profesionales especializados. Como tales, los políticos adquieren y desarrollan intereses específicos y autónomos —particulares en el político individual, colectivos en la capa política—, ámbitos propios, contradicciones y dinámicas inherentes a su naturaleza y situación.

Políticos y partidos tienden al logro y al despliegue de la mayor libertad de acción que sea posible. Sus opiniones y sus conductas son modeladas mucho más por los factores de la situación y la evolución políticas que afectan directamente sus carreras, sus posiciones y sus empresas de poder, o por necesidades internas de sus organizaciones, que por cualquier otra consideración o influencia. En el seno de la esfera política, relativamente emancipada de las esferas socioeconómicas del respectivo sistema, se encuentran grupos representantes de intereses sociales diferentes y conflictivos que pueden reunirse y coincidir sobre la base de la

¹⁵⁸ Ver ops. cit. nota (157), y además Guy Rossi-Landi, *Les hommes politiques*, P. U. F., París, 1973.

comunidad de intereses políticos, de banderas y de líneas de acción. Las diferencias puramente políticas expresan cada vez menos necesaria y directamente los intereses contradictorios y las oposiciones y conflictos entre clases (excepto en algunas situaciones extremas de crisis).¹⁵⁹

A través de estas tendencias, situaciones y procesos, y en la medida que unas y otros se dan, los políticos se separan de sus raíces sociales. Sus intereses y comportamientos se diferencian en mayor o menor grado de los correspondientes a las clases y grupos a los cuales están afiliados y de los que en principio son mandatarios: la comunidad de los fundadores y sostenedores de las organizaciones políticas. Dejan de servir a tales intereses y dinamismos, y pueden entrar en contradicciones, oposiciones y conflictos con ellos. En particular y en el límite, las relaciones entre los portadores del poder político y las categorías subalternas que son la mayoría de la población se vuelven secundarias respecto de las relaciones entre los dirigentes y aparatos políticos y los grupos privilegiados.

De esta manera, se cierra el ciclo que comienza con la tendencia de la esfera política a autonomizarse relativamente de la esfera socioeconómica y del sistema en su conjunto, y que continúa como se ha visto con el desarrollo y primacía de la organización y la especialización políticas. Desaparecida la supremacía del movimiento social como tal, la política pierde su naturaleza originariamente social. Se separa de las masas populares, se independiza de su voluntad, y obra fuera, por encima y contra ellas, en una relación de sujeto a objeto. Transforma el interés político en interés particular de la capa de políticos profesionales que asume el monopolio del tratamiento y de la solución de los conflictos socioeconómicos e ideológicos. Se enfrenta a la sociedad y sobredetermina en cierta medida (que puede llegar a ser considerable) sus características y contradicciones.

¹⁵⁹ Ver Robert Michels, *Political parties...*, cit.; Maurice Duverger, *Los partidos políticos*, Fondo de Cultura Económica, México; Jean Charlot, *Les partis politiques*, A. Colin, París, 1971.